

Prólogo

por Mariela Coudannes | UNL

En nuestros fructíferos quince años de vida, hemos contado con la participación de especialistas procedentes de distintas instituciones y áreas de estudio, con diferentes enfoques teóricos y metodológicos. Nos complace seguir haciendo lugar a temas y puntos de vista diversos que ponen en discusión la relación entre historia enseñada e historia investigada. La atribución de sentido a la formación y a las prácticas docentes en nuestra disciplina requiere de interpretaciones del pasado que permitan posicionarse críticamente frente al presente y comprometerse con la imaginación de otros futuros posibles.

Rodrigo Henríquez Vásquez abre el presente volumen con “Un balance provisional de la investigación en enseñanza y aprendizaje de la historia en Chile en los últimos 30 años”, una visión panorámica de la investigación sobre la enseñanza y el aprendizaje de Historia, Geografía y ciencias sociales realizada en las últimas tres décadas en ese país.

De este lado de los Andes, tres artículos ponen el acento en la vinculación de la enseñanza con los usos públicos de la historia. En “La *Revista de Educación* bonaerense durante el período de gobierno de Manuel A. Fresco (1936–1940). Acerca de los ‘usos del pasado’ en los discursos y las prácticas escolares”, Andrés Bisso problematiza una visión de la historia que se creía monolítica y revela las tensiones provocadas por las luchas ideológicas de los contemporáneos. Mirando un pasado más reciente, Talía Meschiany aborda la relación entre ciudadanía y enseñanza de la historia desde el punto de vista de las representaciones culturales de los docentes en “Relato de una investigación: enseñanza de la historia y educación para la ciudadanía en el contexto de la crisis del año 2001”. Ezequiel Adamovsky, Ana Guerra, Romina Veliz y Luciano Zdrojewski, miembros del *Colectivo Historia Vulgar*, reflexionan sobre la divulgación histórica en situaciones docentes no tradicionales en el artículo “En los márgenes del Bicentenario. Balance de una experiencia de divulgación histórica en institutos penales de menores”.

La valiosa perspectiva comparativa está presente en “¿Qué es lo que toda ‘persona culta’ debe saber? Conocimientos universales y locales en dos versiones de una enciclopedia infanto–juvenil”, de María Clara Ruiz y Bernardo J. de Oliveira (Argentina y Brasil). En “Un abordaje para la problemática de la comprensión de texto en la formación de profesores de Historia”, Valeria Loffi de Ranalletti expone los resultados de una experiencia realizada en la Universidad Nacional de Tres de Febrero orientada al mejoramiento de la formación universitaria de los futuros docentes e investigadores. En la ya consolidada sección Historia y Género, Gisela Manzoni “*Huellas de mujeres entre dos siglos* o cómo comenzar, algún día, con la historia de las

mujeres en el aula”, narra una experiencia de taller llevada a cabo en el Liceo Víctor Mercante en ocasión del bicentenario.

El *Dossier* pone de relieve un debate que, no por conocido, está menos vigente. La nueva legislación, la conciencia de la heterogeneidad existente, entre otros aspectos, sigue interrogando a la formación del profesor. Interesa saber cómo fue enfocado el tema a través del tiempo para que esa experiencia sea tenida en cuenta en las reformas que se planean introducir en el futuro. En “¿Qué debe saber un historiador? Reflexiones sobre los modelos curriculares y la enseñanza superior de la historia en la Argentina durante el siglo XX”, Pablo Buchbinder brinda un panorama de los cambios en la enseñanza de la historia en el sistema universitario argentino durante el siglo XX. Se analizan especialmente las controversias en torno al papel de los métodos de investigación, los estudios clásicos y las ciencias sociales en la formación de los historiadores. Gonzalo de Amézola se centra en “La formación del profesor de Historia en la Universidad Nacional de La Plata”, especialmente desde la reforma educativa de los años noventa. De esta manera se pretende participar en la discusión acerca de la relación que debe existir entre la formación disciplinar y la pedagógico–didáctica. En “La formación del profesor en Historia en la provincia de Buenos Aires, 1990–2010”, Carlos Dicroce reflexiona sobre un ámbito de formación no menos importante, los Institutos de Formación Docente dependientes de la Dirección de Educación Superior de la provincia de Buenos Aires. La mirada desde otros puntos del país es aportada por Alejandra Raffo, quien recupera la memoria de las tensiones que atravesaron a la enseñanza de la historia en la Universidad Nacional de Rosario entre 1947 y 1962 en su artículo “Experiencias desde el Litoral: la formación universitaria en Historia frente a los vaivenes políticos e institucionales del siglo XX”.

La sección Debates invita a seguir pensando la relación entre teorías y prácticas. Paula Caldo y Elvira Scalona revisan críticamente dos experiencias de enseñanza de la historia reciente en el trabajo “De las prescripciones a las prácticas de la enseñanza del tema ‘última dictadura militar’ en las escuelas secundarias. Análisis de casos para pensar la reforma curricular actual”. En “La Didáctica de la Historia y la formación docente: ¿Qué profesor de Historia necesitan las escuelas?”, Marcelo Anelique escribe sobre aquellas herramientas y competencias que deberían ser parte de la formación de un profesor de Historia reflexivo y crítico, en función de los problemas que plantea la profesión docente en la actualidad.

Un lugar destacado ocupa la entrevista realizada por la Dra. Teresa Suárez al sociólogo e historiador José Luis Moreno. En lenguaje ameno, su trayectoria de vida da cuenta de una importante etapa del desarrollo de las ciencias sociales en el país. Cierran el volumen las imprescindibles reseñas.